

Las conferencias del Encuentro

Encuentro Arquidiocesano de Catequistas Hispanos — «El Espíritu del Señor está sobre mí» (Lc 4,18)

Parroquia St. Louise, Bellevue (WA) · 19 de septiembre de 2026

Por el P. Juan Carlos Rivera-Zelaya, doctor en Sagrada Teología · paideiacatolica.com

CONFERENCIA 1

«Me ha ungido para anunciar»

La misión catequética de Jesús y de la Iglesia: el proceso de evangelización

Introducción — una mañana en Nazaret

Queridos catequistas, quiero comenzar llevándolos a una escena muy concreta, a una mañana de sábado en un pueblo pequeño. Jesús ha vuelto a Nazaret, donde se crió, y entra en la sinagoga «como era su costumbre». Se pone de pie para leer, le entregan el rollo del profeta Isaías, lo desenrolla y busca —fíjense: busca— un pasaje determinado. Encuentra el que quiere y lee: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido. Me ha enviado a anunciar la Buena Nueva a los pobres, a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, a dar libertad a los oprimidos y a proclamar un año de gracia del Señor» (Lc 4,18-19).

Después enrolla el libro, se lo devuelve al ayudante y se sienta. Sentarse, en aquella cultura, era ponerse a enseñar. Y san Lucas anota un detalle cargado de tensión: «Todos en la sinagoga tenían los ojos fijos en él» (cf. Lc 4,20). Entonces dice una sola frase, la más breve y la más grande de todo el episodio: «Hoy se cumple ante ustedes esta Escritura que acaban de oír» (Lc 4,21).

Detengámonos en lo que Jesús acaba de hacer, porque ahí está todo. Primero, el texto que elige. Isaías 61 no es un texto cualquiera: es el anuncio del **año de gracia**, del jubileo (cf. Lv 25), aquel año en que se perdonaban las deudas, se liberaba a los esclavos y la tierra descansaba. Jesús toma el texto del jubileo y lo pone en primera persona: «me ha ungido, me ha enviado». No dice que *viene* un tiempo de gracia; dice que el tiempo de gracia *es él*, hoy. Jesús no proclama un programa: se proclama a sí mismo como la Buena Noticia hecha carne.

Segundo, esa unción. «El Espíritu del Señor está sobre mí.» ¿De qué unción habla? De la que recibió en el Jordán, cuando «el Espíritu Santo bajó sobre él» (cf. Lc 3,22) y una voz lo llamó Hijo amado. Jesús inaugura su misión no con una estrategia, sino desde una unción recibida.

Y aquí, queridos catequistas, esa página se vuelve hacia nosotros y nos mira. Porque la misma unción que descendió sobre Jesús en el Jordán, y que él proclamó de pie en Nazaret, es la que descendió sobre cada uno de nosotros el día de nuestro Bautismo y de nuestra Confirmación. El lema de este encuentro no es una consigna motivadora: es, literalmente, nuestra partida de nacimiento. Cuando usted dice «soy catequista», está diciendo algo muy parecido a lo que Jesús dijo aquella mañana: «El Espíritu del Señor está sobre mí, y me ha enviado a anunciar».

En esta primera conferencia quiero que recorramos juntos cuatro pasos: primero, mirar a Jesús como el primer catequista; segundo, ver cómo la Iglesia continúa su misión; tercero —y es el

corazón— entender qué es ese camino que llamamos evangelización, para descubrir dónde estamos parados nosotros dentro de él; y cuarto, redescubrir quiénes somos: testigos ungidos.

1. Jesús, el primer catequista

Lo primero que debemos decir, y decirlo con fuerza, es que la catequesis no la inventamos nosotros ni la inventó la Iglesia: el primer catequista es Jesús. En los Evangelios se le llama «Maestro» decenas de veces; es el título con que más lo interpelan. Pero era un Maestro distinto. La gente «quedaba asombrada de su enseñanza, porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas» (cf. Mc 1,22). Esa autoridad no le venía de saber más citas que los demás, sino de una coherencia total entre lo que decía y lo que era. Enseñaba el amor del Padre porque vivía del amor del Padre. Su cátedra era su propia vida.

Miren su pedagogía, porque es la nuestra. Jesús no dictaba definiciones para memorizar. Contaba parábolas, tomadas de la vida de la gente: una semilla, una levadura, una moneda perdida, un padre que espera. Hacía preguntas: «¿Y ustedes, quién dicen que soy yo?». Se dejaba interrumpir. Tocaba a los enfermos. Comía con los pecadores. Partía de donde estaba cada persona y la llevaba, paso a paso, un poco más adentro. Los teólogos llaman a esto la **pedagogía de Dios**: Dios no se impone de golpe, se adapta, camina, educa poco a poco a su pueblo a lo largo de la historia. El *Directorio para la Catequesis* de 2020 —lo abreviamos DC— recuerda que toda nuestra tarea se inspira en esa pedagogía divina y en la pedagogía del mismo Jesús.

Y hay una escena que, para mí, es el retrato acabado del catequista: los discípulos de Emaús (Lc 24,13-35). Van caminando, tristes, dándole la espalda a Jerusalén, con la esperanza rota. Jesús resucitado se acerca y camina con ellos, pero no se impone: pregunta. «¿De qué van conversando por el camino?». Los deja hablar, escucha toda su desilusión —«nosotros esperábamos...»— y solo después, a partir de lo que ellos traían dentro, «les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras». ¿Y cuál fue el resultado? Ellos mismos lo confesarán: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?» (Lc 24,32). Camina, escucha, ilumina con la Palabra, parte el pan, y desaparece cuando ellos ya pueden caminar solos y correr a anunciar. Queridos catequistas: eso es catequizar. No es vaciar un cántaro lleno sobre un cántaro vacío. Es acompañar a alguien hasta que se le encienda el corazón.

Aquí quiero detenerme en el nombre mismo de nuestro oficio, porque casi nunca lo explicamos. «Catequesis» viene del griego *katēchein*, que quiere decir literalmente **hacer resonar, hacer eco** (de *ēchō*, eco). El catequista es una voz que hace eco de otra Voz. Y esto es enormemente liberador, hermanos: nos quita de encima el peso de tener que ser interesantes, originales, brillantes. No hablamos de nosotros mismos; hacemos resonar la voz del Maestro.

Por eso el contenido de la catequesis, en el fondo, no es «algo», sino Alguien. Juan Pablo II lo dijo con una precisión hermosa en su exhortación *Catechesi Tradendae*, de 1979 —CT—: «El fin definitivo de la catequesis es poner a uno no sólo en contacto, sino en comunión, en intimidad con Jesucristo» (CT 5). No enseñamos *sobre* Cristo: introducimos en una amistad con él. Por eso el Catecismo resume que «en el corazón de la catequesis encontramos esencialmente una Persona, la de Jesucristo de Nazaret» (CCE 426). En última instancia, como recuerda el Catecismo, el único que enseña es Cristo, y cualquiera de nosotros lo hace solo en la medida en que es su portavoz (cf. CCE 427).

Y no es un descubrimiento reciente. Ya en el siglo IV, san Agustín escribió un tratado entero sobre cómo dar la catequesis a los principiantes (*De catechizandis rudibus*), porque un diácono de Cartago le había confesado que se aburría y se desanimaba al enseñar. El consejo de Agustín sigue siendo el mejor manual: enseñar con alegría y con amor, porque —decía— nada dispone tanto a alguien a amar como descubrir que primero ha sido amado. La catequesis se contagia: el catequista frío transmite, sin querer, que la fe es fría; el que enseña con gozo ya está anunciando el Evangelio antes de decir una palabra.

2. La Iglesia continúa la misión de Jesús

Aquella misión que Jesús proclamó en Nazaret no terminó con él. Antes de subir al cielo reunió a los suyos y les entregó su propio programa, convertido ahora en envío: «Vayan, pues, y hagan discípulos de todos los pueblos... enseñándoles a guardar todo lo que yo les he mandado» (Mt 28,19-20). Fíjense en dos cosas. Primero, que enseñar no es un añadido opcional del envío: «hagan discípulos... enseñándoles». Hacer discípulos y enseñar van juntos; ahí nace la catequesis como tarea permanente de la Iglesia. Y segundo, que el mandato viene con una promesa que sostiene todo lo demás: «Y sepan que yo estoy con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo» (Mt 28,20). El catequista nunca trabaja solo.

Por eso san Pablo VI, en aquella exhortación luminosa que es *Evangelii Nuntiandi*, de 1975 —EN—, escribió una frase que deberíamos saber de memoria: «Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar» (EN 14). Escúchenlo bien: la Iglesia no *tiene*, entre muchas tareas, la de evangelizar; la Iglesia *es* para eso. No es una organización con un departamento de catequesis; es, toda ella, un pueblo enviado a anunciar.

Y esto le da a lo que ustedes hacen una dignidad enorme. Cuando usted, un sábado por la mañana, prepara una clase para un grupo de niños inquietos, la Iglesia entera está cumpliendo su razón de ser. No está «ayudando en la parroquia»: está tocando lo más hondo de lo que la Iglesia es.

Ahora bien, esa dignidad viene con una responsabilidad, y conviene decirla con claridad. El catequista no transmite ideas propias ni opiniones privadas sobre Dios: transmite **la fe de la Iglesia**. San Pablo lo formuló para siempre: «Les transmití en primer lugar lo que yo mismo recibí» (1 Cor 15,3). Somos un eslabón en una cadena que viene de los Apóstoles y llega hasta el niño que tenemos enfrente. Recibimos para dar. Esto nos libera de dos tentaciones opuestas: la de creer que debemos inventarlo todo, y la de creer que podemos enseñar cualquier cosa. Hablamos en nombre de una comunidad y de una tradición que nos sostienen y también nos corrigen.

3. El proceso de evangelización

Y llegamos al corazón de esta conferencia. Les pido un pequeño esfuerzo de atención, porque aquí está la idea que más puede cambiar nuestra manera de trabajar. La catequesis no es una isla. No es «la hora de religión» ni «la materia» que hay que aprobar antes de un sacramento. Es **un momento dentro de un camino más grande** que la Iglesia llama evangelización. Si entendemos ese camino, entendemos nuestro lugar dentro de él. El *Directorio para la Catequesis* de 2020 insiste precisamente en esto: la catequesis está al servicio de la evangelización y solo se comprende dentro de ella.

Déjenme describir ese camino en cuatro momentos.

Primero, el primer anuncio, el _kerigma_. Es la chispa que enciende todo lo demás. Es anunciarle a alguien, por primera vez o de nuevo, lo esencial y decisivo. El Papa Francisco, en *Evangelii Gaudium*, de 2013 —EG—, lo puso en palabras que se pueden aprender de memoria: «Jesucristo te ama, dio su vida para salvarte, y ahora está vivo a tu lado cada día, para iluminarte, para fortalecerte, para liberarte» (EG 164). Eso es el kerigma. Y aquí Francisco nos hace una advertencia que nos toca de lleno a los catequistas. Muchas veces damos el kerigma por supuesto: pensamos que la gente «ya lo sabe» y corremos hacia «lo demás», los contenidos, los mandamientos, la preparación del sacramento. Pues bien, escuchen: «No hay que pensar que en la catequesis el kerigma es abandonado en pos de una formación supuestamente más sólida. Nada hay más sólido, más profundo, más seguro, más denso y más sabio que ese anuncio» (EG 165). Y añade algo decisivo: «En la boca del catequista vuelve a resonar siempre el primer anuncio» (EG 164). Es decir: el kerigma no es el escalón que se deja atrás; es el corazón al que se vuelve una y otra vez, en cada etapa y a cualquier edad.

Segundo, la conversión y la iniciación. Cuando ese anuncio toca a alguien, brota una respuesta: la fe, el deseo de cambiar de vida, el pedido de los sacramentos. Ahí empieza un camino de iniciación. Y aquí la Iglesia nos regala un modelo precioso: el del catecumenado, el camino por el que un adulto se prepara al Bautismo (lo que hoy vivimos en el RICA). El Directorio propone que *toda* la catequesis se «inspire» en ese estilo catecumenal: un camino

gradual, comunitario, unido a la liturgia y a la vida, y no una simple transmisión de información.

Tercero, la catequesis propiamente dicha. Aquí trabajamos casi siempre nosotros: acompañamos a que aquella fe inicial madure, se haga adulta, se vuelva vida y oración. Introducimos en el misterio, en los sacramentos, en la comunidad. La tradición llama a esto *mistagogia*: literalmente, «conducir hacia dentro del misterio». Y noten una cosa importante: el sacramento no es la línea de meta donde termina la catequesis —«ya hizo la Primera Comunión, ya terminó»—, sino la fuente de la que la vida cristiana sigue brotando.

Y cuarto, la educación permanente de la fe. Porque nadie termina nunca de creer. La fe se acompaña toda la vida; también la del adulto, también la nuestra.

Y una advertencia que brota de estas cuatro etapas: la catequesis no se cierra en el aula, desemboca en la liturgia y en la vida. Una catequesis que no conduce a la Misa, a la oración y al servicio concreto se queda a mitad de camino; sería como enseñar la teoría de la natación sin meter nunca a nadie al agua. Por eso la Eucaristía del domingo es la gran catequesis de la comunidad: allí el pueblo entero vuelve a escuchar el anuncio y a alimentarse de Cristo.

Y ahora la pregunta que les pido que se lleven a la mesa de trabajo: dentro de este camino, **¿en qué punto trabajo yo la mayor parte del tiempo?** Porque —seamos sinceros— es posible preparar a un niño para la Primera Comunión, enseñarle todas las respuestas correctas, y no haberle anunciado nunca, con el corazón, que Jesús lo ama y está vivo. Es posible dar doctrina sobre un fuego que no hemos encendido. La invitación de esta mañana es a no dar por supuesto el kerigma nunca más: que en cada clase, de algún modo, vuelva a resonar el primer anuncio.

4. El catequista: un testigo ungido

Todo lo que hemos dicho descansa sobre una última convicción, y con ella cierro esta primera parte. El catequista no es un funcionario de la fe, ni un profesor de una asignatura religiosa: es un **ungido y un testigo**. La eficacia de nuestra tarea no depende primero de nuestras técnicas, sino de nuestra vida con Dios. Por eso el mismo Pablo VI nos dejó una frase que es un verdadero examen de conciencia: «El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los testigos que a los maestros, o si escucha a los maestros es porque son testigos» (EN 41).

Testigos antes que maestros. Nuestros niños y jóvenes, muchas veces, no recordarán la definición que les explicamos; recordarán quiénes fuimos con ellos, si les tuvimos paciencia, si rezamos delante de ellos, si nos vieron creer de verdad. Se evangeliza desde lo que se vive. Por eso el primer trabajo del catequista no es preparar la clase: es dejarse evangelizar él mismo, ser primero discípulo y después maestro. Nadie da lo que no tiene.

Y hay un rasgo que no puede faltar en el testigo: la alegría. No una alegría fingida, sino la que nace de haberse encontrado con Alguien. Francisco abre *Evangelii Gaudium* justamente así: «La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús» (EG 1). Un catequista amargado, cansado de Dios, contradice con el rostro lo que dice con la boca. Nuestra mejor catequesis, muchas veces, es dejar que se nos note que estar con Cristo vale la pena.

Puente a la segunda conferencia

Y fíjense en un detalle que dejamos a propósito para el final. Cuando Jesús dice para qué lo ha ungido el Espíritu, no dice «para dar clases» ni «para preparar sacramentos». Dice: para anunciar la Buena Nueva **a los pobres**, la liberación **a los cautivos**, la vista **a los ciegos**, la libertad **a los oprimidos**. La misión tiene una dirección y unos destinatarios muy concretos. La unción apunta hacia afuera, hacia los últimos. Y de eso —de hacia dónde apunta nuestra catequesis y a quiénes está llamada a servir— hablaremos en la segunda conferencia.

CONFERENCIA 2

«...a los pobres, a los cautivos, a los oprimidos»

Las implicaciones sociales de la catequesis: acompañar y ser luz para niños y jóvenes

Introducción — leer el versículo completo

Volvamos al texto de Nazaret, pero ahora sin cortarlo. En la primera conferencia nos quedamos en «me ha ungido para anunciar». Pero Jesús no se detiene ahí. Sigue: anunciar la Buena Nueva **a los pobres**, proclamar la liberación **a los cautivos** y la vista **a los ciegos**, dar libertad **a los oprimidos**, y proclamar «un año de gracia del Señor» (cf. Lc 4,18-19). El anuncio tiene rostros concretos, y tiene efectos que se ven. Recuerden: Isaías estaba hablando del jubileo, del año en que se cancelaban las deudas y se liberaba a los cautivos. Jesús se aplica ese texto. Es decir: el Evangelio no libera solamente el alma para más adelante; toca la vida entera de la persona, aquí y ahora, en su cuerpo, en su historia, en sus cadenas concretas.

Esto nos lleva a algo que no siempre asociamos con la catequesis: su **dimensión social**. Y quiero decirlo con toda claridad desde el inicio, para que nadie piense que me estoy desviando del tema: la dimensión social no es un apéndice de la catequesis, ni un tema «para los que están en pastoral social». Está en el corazón mismo del anuncio. Está en el versículo de Nazaret que da nombre a este encuentro. Quien de verdad conoce a Cristo aprende a mirar al hermano; y quien no aprende a mirar al hermano, todavía no ha entendido del todo a Cristo.

1. La dimensión social está en el corazón del anuncio

El Papa Francisco lo formuló sin rodeos: «Evangelizar es hacer presente en el mundo el Reino de Dios» (EG 176). Y el Reino no es un lugar lejano al que iremos algún día; es la vida nueva que Dios quiere ya, entre nosotros: justicia, fraternidad, perdón, dignidad para todos. Por eso la evangelización nunca puede ser una fuga del mundo ni un refugio privado. La fe que enseñamos tiene consecuencias sociales, o sencillamente no es la fe del Evangelio.

Piénsenlo desde lo más elemental de nuestra fe: los dos mandamientos. Amar a Dios y amar al prójimo no son dos clases distintas del programa; son la misma clase. No se puede enseñar a rezar el Padre Nuestro —«danos hoy nuestro pan»— sin enseñar, a la vez, a mirar al que no tiene pan. El mismo Jesús nos advirtió que seremos juzgados sobre esto con una seriedad estremecedora: «Cuanto hicieron a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicieron» (Mt 25,40). La caridad no es la consecuencia opcional de la fe; Benedicto XVI lo dejó dicho en *Deus Caritas Est*, de 2005 —DCE—: el servicio de la caridad «pertenece a su naturaleza y es manifestación irrenunciable de su propia esencia» (DCE 25).

Por eso, cuando en catequesis introducimos la Doctrina Social de la Iglesia, no estamos metiendo «política» ni un tema añadido: estamos sacando las consecuencias del kerigma.

Quien ha descubierto que Dios lo ama gratis, aprende a amar gratis. Y Francisco fue tajante sobre a quién mira primero ese amor: «Para la Iglesia la opción por los pobres es una categoría teológica antes que cultural» (EG 198). No es una preferencia ideológica nuestra; es una manera de ser fieles a Dios, porque «el corazón de Dios tiene un sitio preferencial para los pobres» (cf. EG 197). De ahí aquella frase suya tan conocida y tan exigente: «Quiero una Iglesia pobre y para los pobres» (EG 198).

¿Qué significa todo esto para el catequista, en concreto? Que cuando usted enseña la Eucaristía, está enseñando a compartir. Que cuando habla del Padre común, está enseñando la fraternidad. Que la fe que transmite, si es verdadera, hará a sus niños y jóvenes más humanos, más atentos, más capaces de ver al que sufre. Una catequesis que produce cristianos indiferentes al dolor del hermano ha fallado en algo esencial, por muchos contenidos que haya transmitido.

Por eso conviene que, con lenguaje sencillo y según la edad, sembremos los grandes principios de la Doctrina Social de la Iglesia: la dignidad inviolable de toda persona, creada a imagen de Dios; el bien común, que nos hace responsables unos de otros; el destino universal de los bienes, que recuerda que la tierra es para todos; y la solidaridad, que Juan Pablo II definió como «la determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común» (*Sollicitudo Rei Socialis*, 1987, n. 38). No hace falta vocabulario técnico: basta enseñar a un niño a compartir la merienda, a no burlarse de nadie, a defender al más débil del salón. Ahí ya ha empezado la Doctrina Social.

2. *Ser luz*

Jesús les dio a los suyos una identidad luminosa: «Ustedes son la luz del mundo... Brille así la luz de ustedes ante los hombres, para que vean sus buenas obras y glorifiquen a su Padre que está en el cielo» (Mt 5,14.16). Fíjense en la naturaleza de la luz. La luz no se ve a sí misma: alumbra otras cosas. No se impone ni hace ruido: sencillamente, donde está, no hay oscuridad. Así es el catequista. No convence a gritos ni a fuerza de argumentos; alumbra con la vida, y deja que se vea a Dios a través suyo.

Y quiero decirles algo muy propio de ustedes, catequistas hispanos de Seattle, porque su misión tiene un color particular. Para muchas de nuestras familias, la comunidad de fe es el lugar donde su lengua, su identidad, su cultura y su esperanza siguen vivas y son honradas. Cuando ustedes reciben a un niño, a una familia migrante, a un joven que se siente partido entre dos mundos, están siendo luz en un sentido bien concreto: le están diciendo, antes que cualquier lección, «aquí tienes un hogar, aquí tu dignidad no se discute, aquí Dios te conoce por tu nombre». Esa acogida ya es Evangelio. El Concilio Vaticano II abrió la constitución *Gaudium et Spes* —GS— con una frase que ustedes encarnan cada sábado: «Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de

cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo» (GS 1). Nada de lo que viven sus familias les es ajeno a ustedes.

Ser luz, hoy, es también resistir lo que el Papa Francisco llamó la «cultura del descarte»: esa mentalidad que trata a las personas como cosas que se usan y se tiran —el no nacido, el anciano que estorba, el migrante, el joven sin oportunidades—. Frente a eso, la catequesis siembra la «cultura del encuentro»: enseñar a mirar a los ojos, a saludar por el nombre, a hacerse cargo del otro. Un grupo de catequesis donde nadie sobra y a nadie se descarta es, en pequeño, el mundo nuevo que anunciamos.

3. El arte de acompañar

Ahora bien, ¿cómo se es luz sin encandilar? ¿Cómo se enseña sin aplastar? Con lo que Francisco llamó, en una expresión preciosa, «el arte del acompañamiento». Vale la pena escuchar el texto entero: «La Iglesia tendrá que iniciar a sus miembros —sacerdotes, religiosos y laicos— en este arte del acompañamiento, para que todos aprendan siempre a quitarse las sandalias ante la tierra sagrada del otro» (EG 169).

Quitarse las sandalias. La imagen es la de Moisés ante la zarza ardiente, cuando Dios le dice: «Quítate las sandalias, porque el lugar que pisas es tierra sagrada» (cf. Ex 3,5). Francisco aplica esa escena al encuentro con cada persona: cada niño, cada joven, cada familia que ustedes tienen delante es tierra sagrada, es un lugar donde Dios ya está actuando antes de que ustedes lleguen. Por eso el que acompaña se acerca con respeto, «descalzo», sabiendo que la vida del otro es un misterio que no le pertenece.

Francisco añade una actitud de fondo: quien acompaña reconoce que la situación de cada persona ante Dios y su vida en gracia es un misterio que nadie puede medir del todo desde afuera (cf. EG 171). No somos jueces del corazón ajeno: somos compañeros de camino. Y eso nos libera de la prisa por «arreglar» a la gente, y nos enseña a confiar en que Dios ya está actuando en cada uno mucho antes, y mucho más hondo, de lo que nosotros alcanzamos a ver.

Acompañar, entonces, no es adoctrinar, no es empujar, no es tener prisa. Es caminar al paso del otro —como Jesús en Emaús—, respetando su ritmo, sus heridas, su historia. A veces creemos que acompañar es llevar al otro rápido adonde nosotros ya estamos; y no: es caminar con él el trecho que hoy puede caminar. Esto nos pide paciencia y una enorme cercanía. Nos pide escuchar más de lo que hablamos. Nos pide, sobre todo, no escandalizarnos de las historias que traen nuestros jóvenes, porque el que se escandaliza deja de acompañar; levanta un muro justo cuando había que tender un puente. El buen catequista es el que sabe estar al lado sin juzgar y sin abandonar. Francisco lo llama «la revolución de la ternura» (EG 88): la fuerza desarmada de un amor que se acerca, que toca, que se hace cargo.

4. Los niños y los jóvenes, los preferidos

Y llegamos a los destinatarios que el Señor prefiere de un modo especial. Un día le llevaban niños a Jesús para que los tocara, y los discípulos —los adultos serios, los organizados, los que «cuidaban la agenda» del Maestro— los reñían. Y entonces ocurre algo que conviene no suavizar: «Al ver esto, Jesús se enojó y les dijo: Dejen que los niños vengan a mí, no se lo impidan, porque de los que son como ellos es el Reino de Dios» (Mc 10,14). Jesús se enojó. Que quede grabado: pocas cosas indignan tanto a Jesús como que alguien le ponga barreras a un niño. Y cada vez que un niño se acerca a la parroquia, Jesús sigue diciendo lo mismo: «déjenlo venir, no se lo impidan». Nosotros, catequistas, somos precisamente los que abrimos o cerramos esa puerta con nuestro trato, con nuestra paciencia o nuestra dureza, con nuestra acogida o nuestra prisa.

Con los jóvenes, Francisco nos regaló en *Christus Vivit*, de 2019 —CV—, una certeza para anunciarles, y conviene decirla tal como suena: «Vive Cristo, esperanza nuestra, y él es la más hermosa juventud de este mundo» (CV 1). A los jóvenes no les anunciamos una religión de prohibiciones ni un museo de recuerdos: les anunciamos a Alguien vivo, joven, que camina a su lado, que no les tiene miedo y que confía en ellos.

Y conviene anunciárselo en medio de sus heridas reales: la soledad de una generación hiperconectada y, a la vez, muy sola; la ansiedad; la sensación de no valer nada; las familias rotas. A todo eso Cristo no responde con un regaño, sino con una presencia: «Él vive y te quiere vivo» (cf. CV 1). Por eso el catequista de jóvenes no es el que tiene todas las respuestas, sino el que se queda, el que no se va cuando el joven se pone difícil. Muchas veces, lo que sostiene la fe de un joven no es un argumento, sino un adulto creyente que no lo abandonó.

Y aquí, ser luz para los niños se vuelve concretísimo y muy serio: ser luz es también **protegerlos**. Cuidar de que nuestros ambientes de catequesis sean lugares seguros, luminosos, transparentes, donde ningún menor sufra daño de ninguna clase, es parte irrenunciable de la dimensión social de nuestra fe. No es un trámite molesto ni una exigencia legal que hay que cumplir a regañadientes: es amor concreto, es tomar en serio aquel «no se lo impidan». Un catequista que cuida, que protege, que crea un espacio donde un niño puede estar seguro y ser respetado, está haciendo teología con las manos.

5. La familia, primera catequista

Por último, no olvidemos a la primera catequista de todo niño: su familia. Juan Pablo II lo dejó dicho con precisión en *Catechesi Tradendae*: «La catequesis familiar precede, acompaña y enriquece toda otra forma de catequesis» (CT 68). La fe se enciende, la mayoría de las veces, no en un salón, sino viendo rezar a una madre, a una abuela, escuchando el nombre de Dios pronunciado con cariño en la mesa de la casa. Por eso nuestra tarea, muchas veces, no será

tanto *sustituir* a la familia como *despertarla*: acompañar a los padres, devolverles la confianza de que también ellos —con su lenguaje sencillo, con sus gestos— son evangelizadores de sus hijos, y que el hogar es la primera iglesia, la «iglesia doméstica». Un buen encuentro de catequesis con un niño puede ser, muchas veces, la puerta para reencontrarse con toda una familia.

La primera catequista: María

Y no quiero terminar sin nombrar a la primera catequista de la Iglesia: María. Ella no dio conferencias; guardaba «todas estas cosas, meditándolas en su corazón» (Lc 2,19), y así las transmitía. En las bodas de Caná dejó la que sigue siendo la mejor consigna de todo catequista, la que resume nuestra tarea entera: «Hagan lo que él les diga» (Jn 2,5). Eso es lo que hacemos: señalar a Cristo y apartarnos, para que sea él quien actúe. Que ella, a la que san Pablo VI llamó «Estrella de la evangelización» (cf. EN 82), acompañe a cada catequista de esta Arquidiócesis.

Cierre — del encuentro al envío

Hermanos, hermanas: empezamos en una sinagoga de Nazaret y terminamos aquí, en St. Louise, un sábado por la mañana. Pero es, en el fondo, la misma escena. El mismo Espíritu que se posó sobre Jesús está hoy sobre ustedes. La misma misión —anunciar, liberar, dar vista, poner en libertad, ser luz— es la que se les confía cuando reciben a un niño el sábado, cuando preparan a un joven para la Confirmación, cuando acompañan a una familia cansada.

No son voluntarios que llenan un puesto vacío. Son ungidos, enviados, luz del mundo. Dentro de un rato renovaremos ese envío ante el altar, con los compromisos que van a escribir en sus mesas. Y quiero que salgan de aquí como Jesús salió de Nazaret aquel día: «con la fuerza del Espíritu» (cf. Lc 4,14). Porque la viña del Señor tiene nombres muy concretos: es aquel niño inquieto que nadie sabe manejar, aquel joven que dejó de venir, aquella familia migrante que llega cansada, aquel salón un sábado por la mañana.

El Espíritu del Señor está sobre ustedes. Los ha llamado por su nombre. Aún es de día. Vayan a su viña.